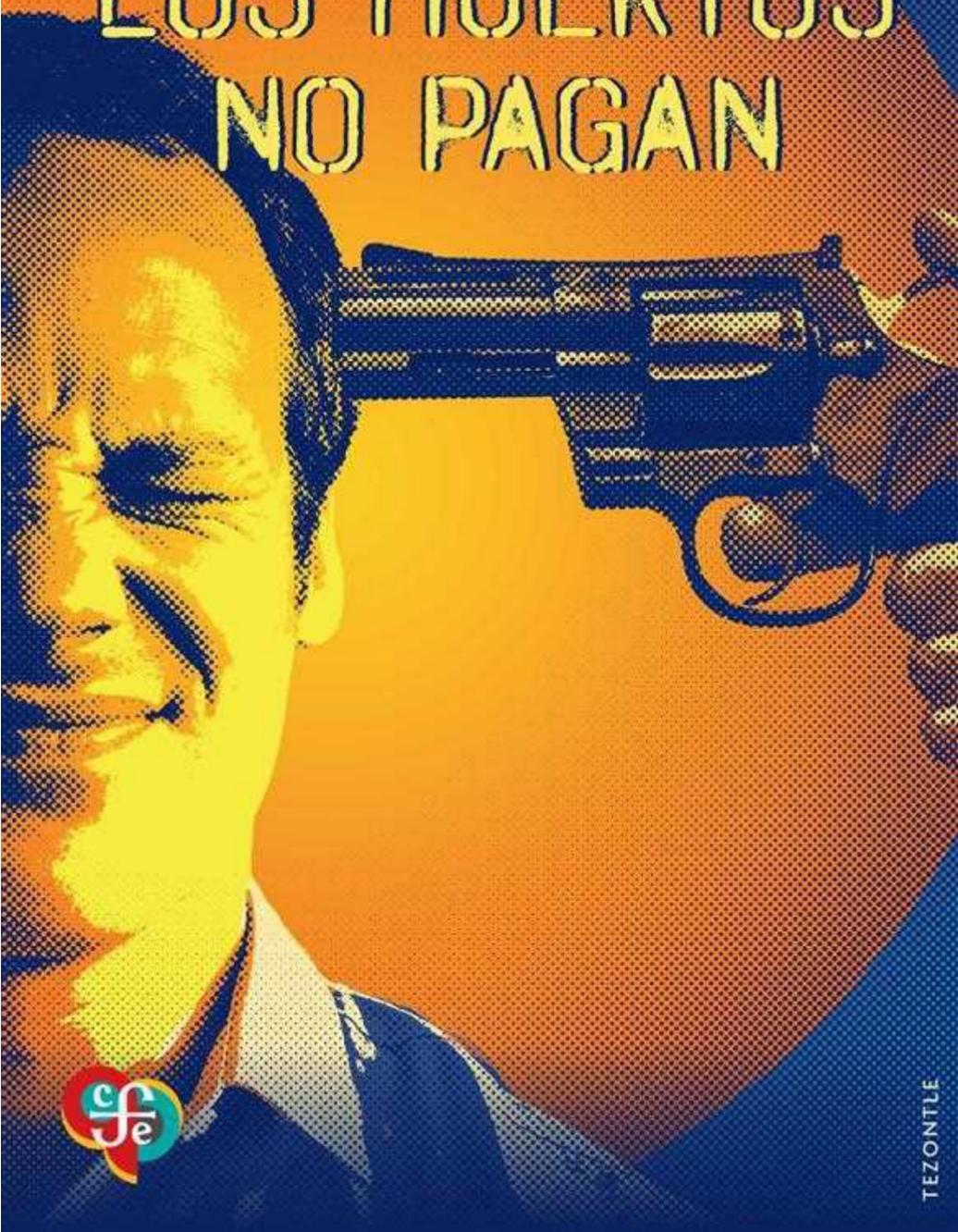


FERMÍN GOÑI

LOS MUERTOS  
NO PAGAN



Los muertos no pagan

---

TEZONTLE

FERMÍN GOÑI

# Los muertos no pagan



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, FCE España, 2024  
Primera edición, FCE Argentina (de la ed. española), 2024

---

Goñi, Fermín

Los muertos no pagan / Fermín Goñi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2024. 199 p. ; 21 x 14 cm. - (Tezontle)

ISBN 978-987-719-536-1

1. Literatura Española. I. Título.

CDD 863

---

© 2024, Fermín Goñi

D. R. © 2024, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA ARGENTINA, S. A.  
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar  
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Por acuerdo con FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S. L.  
Vía de los Poblados, 17 – 4.º - 15; 28033 Madrid  
editor@fondodeculturaeconomica.es  
www.fondodeculturaeconomica.es

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México  
www.fondodeculturaeconomica.com

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

ISBN: 978-987-719-536-1

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

*A Marcelo*

*Incluso la noche más oscura terminará con la salida del sol.*

VICTOR HUGO, *Los miserables*

*Me gustan los que se callan y me gustan los que cantan.*

*De tanto andar conmigo, me gusta lo que me pasa.*

FACUNDO CABRAL, *No soy de aquí ni soy de allá*

*Ya no creo en nada, ni en la flor.*

*Voy a hundirme solo, en la ciudad.*

*Llueve y es mejor.*

*Vivo mi soledad.*

*Mi tristeza es mía y nada más.*

LEONARDO FAVIO, *Mi tristeza es mía y nada más*

## *Proemio*

Esta novela está escrita sobre la base de un hecho real ocurrido en la ciudad de Buenos Aires al comienzo de este siglo. El texto es la narración de lo que me contaron y de cómo imaginé la sucesión de despropósitos que les ocurrieron al protagonista y a su familia. Una historia que merece ser narrada para impedir que caiga en el olvido.

Página a página se deslizan el asombro, el suspense y la emoción de un suceso macabro que parece ficción, quimera o fantasía, pero que, sin embargo, es verídico.

# 1

## *Las pastillas milagrosas*

BRUNO FLORES en ningún tiempo pudo pensar que de la euforia a la angustia vital apenas mediaban veinticuatro horas; jamás le había tocado vivir una situación tan extrema y ni siquiera había llegado a imaginarla. Descubrió que era posible ese desvarío al poco tiempo de llegar a su casa de Buenos Aires la tarde del viernes 1 de noviembre del año 2000, muy cansado, pero con el horizonte de un fin de semana sin otra misión que pasear a la perra y entretener a sus dos hijas. Y, claro, dormir. Dormir mucho; las últimas veinticuatro horas habían sido frenéticas hasta el extremo imaginable. El jueves se había casado su amigo Norberto Delgado y la boda fue un despiporre, de comienzo a fin. Tratándose de Delgado no hubiese podido ser de otra manera porque Norberto había conseguido, de la broma, hacer casi un estilo de vida. Era bromista y le gustaba que en su entorno lo sintieran.

Fue en la cena posterior al casamiento cuando se fue fraguando una futura ristra de sinsabores que llegaron como el *tsunami* que sismólogo alguno jamás prevé y, en consecuencia, se presenta sin avisar. Cuando iba a comenzar la celebración de los esponsales y tras sentarse en el salón principal del Yacht Club, el Pampero, allá donde parece que uno navega por el Atlántico sin moverse de su silla, Bruno observó cómo otro guasón, familiar del novio, fue recorriendo las mesas de los invitados ofreciendo un blíster —envuelto en papel de aluminio— con dos pastillas de Falgos: una era para ingerir antes de la cena y la otra al acabar la fiesta, según se indicaba en un papelito escrito a mano con caligrafía infantil.

Parecía que el joven, un muchacho de unos veinte años,

estuviera distribuyendo estimulantes a los presentes, pero era el inolvidable producto del laboratorio Gramón que protege el estómago y el hígado cuando uno le va a dar fuerte al trago. Evita, además, la resaca. Al menos, eso es lo que aseguraba la propaganda del fabricante y creían muchos de sus consumidores. Con todo, el Falgos podía evitar algunos trastornos corporales, pero no funcionaba contra la angustia vital, porque ni siquiera la detecta. Nunca fue asunto de su incumbencia.

Tras tomar su primer Falgos, el amigo inseparable en muchas noches de joda, Bruno cenó, bebió y bailó desde las ocho de la tarde a las cuatro de la mañana, hasta quedarse fundido. En la cena, primero se aplicó con una ensalada de mariscos, luego un bife de chorizo jugoso —con cueritos de acompañamiento, que pidió *exprofeso*—, escoltado por mucho vino tinto, el Álamos, ese que tiene sus viñas en la falda de los Andes que miran al océano Atlántico. Después, más vino, mucho más vino, un postrecito de bizcocho, un café negro, abundante güisqui escocés Glenkinchie de doce años, demasiado faso\* rubio y baile a lo loco. Le daba lo mismo una cumbia que el *rock* porque bailaba con un ritmo similar al de un pato aturdido. El salón parecía enloquecido, y no por la acción balsámica de los Falgos, sino por los destrozos del alcohol y las sustancias de la risa boba, que bien pronto comenzaron a hacer estragos.

Ocho horas después de que se iniciara la cena y, con ella, la fiesta, cuando eran ya más de las cuatro de la mañana, por fin Bruno llegaba a casa en su Ford Sierra, blanco y viejo, junto a su esposa Denise Boulton; los dos estaban borrachos de cuerpo entero y resulta inexplicable cómo lograron finalizar en la vivienda de Villa Devoto sin haber sucumbido en el intento (ajenos a lo que se les venía encima).

\* Faso: cigarillo.

De aquella manera aparecieron por casa, tomaron su segundo Falgos y se quedaron inermes en la cama porque la vida ya no les daba más de sí. Pero tres horas después sonó a puñaladas un despertador homicida y Bruno se tuvo que levantar y asearse en estado catatónico antes de tomar de nuevo el Sierra blanco para ir a trabajar al Hilton, donde fungía como gerente de mantenimiento, ya que era ingeniero. El viernes resultó ser un mal día, pésimo, porque tenía agujetas también en los pulmones. Aunque lo peor estaba por llegar.

Cuando acabó su jornada laboral, el ingeniero Flores pensó que sus treinta y seis años le pesaban como treinta y seis toneladas; no estaba teniendo resaca, o eso creía, pero debido a su más que revuelto estómago, no almorzó ni un simple sándwich. Solo agua con gas, más de cuatro litros, porque estaba en curda.\* Además, se quedó dormido en su despacho entre las tres y las cuatro de la tarde, tal si fuera un bebé. Como era san Viernes, nadie lo echó en falta ni reclamó su presencia.

Dejó el hotel pensando en la placidez de estar dos días con la familia, sin más preocupaciones, ya que el trabajo en los últimos meses le resultaba estresante: quedaban muchos flecos por solucionar desde las obras de remodelación en las tres últimas plantas del hotel, labor complicada como ella sola. Además, las clases que daba en dos escuelas de hostelería le llevaban mucho tiempo de preparación que iba restando diariamente a las horas de dormir. Las mantenía por gusto, en primer lugar, pero también por la plata que le pagaban. Con ella quería cambiar el fatigado Ford blanco por la ilusión de su vida: un BMW 325, motor de seis cilindros y doscientos y pico caballos de potencia, de color gris oscuro metalizado, casi negro. Una quimera.

Estacionó el viejo Ford Sierra frente a la puerta, salió y se quitó el saco. Desde la calle pudo percibir que la perra, Cleo,

\* Estar en curda: estar borracho.

lo esperaba nerviosa en el callejón que su vivienda tiene entre la puerta de la calle y el propio domicilio. La perra lo aguardaba para salir, y eso era lo que tenía previsto hacer un rato más tarde, cuando hubiese recuperado sus fuerzas, si quiera en una porción pequeña. Sin embargo, cuando estaba bebiendo más agua, Denise le hizo una observación:

—Bruno: tenés que ir al cajero y sacar plata para pagar al fotógrafo.

—¿Y eso?

—Hay que abonarle las fotografías de la comunión de las niñas.

—Ah. Es verdad, qué olvido. Quedé en pagarle mañana. Voy ahora mismo.

En Buenos Aires hacía tanto calor aquella noche de ploviza primavera que parecía pleno verano. Bruno achacaba a esa circunstancia climática los litros de agua que había bebido durante el día y no tanto a los litros de Álamos ni al güisqui escocés que había trasegado entre bocanadas de humo la noche anterior. En todo caso, los Falgos habían hecho su trabajo porque ni tenía dolor de cabeza ni sensación alguna de malestar. Solo sed. Mucha sed. Y el estómago estrangulado. No hubiese podido tragar un grano de arroz de haberlo intentado.

—Denise, salgo para el cajero. Me llevo a Cleo para que haga sus cositas por el camino. Cuando regrese creo que me iré directo a la cama, no voy a poder jugar con las niñas. Y lo siento, porque ese era mi deseo. Estoy realmente muuuuy cansado. Ayer le dimos duro al vino, al güisqui, al faso...

—Sobre todo tú, cariño. Una preguntita, Bruno: ¿te drogaste? ¿Fumaste marihuana? ¿Algún porro?

Bruno respondió sin ganas y restando importancia.

—Bah, poca cosa. Fumé muchos cigarrillos. Últimamente si bebo vino, fumo demasiado. Tengo que corregirlo...

—¿Y merca? —insistió Denise.

—La vi, me pasó por delante, pero no la probé. Ya conocés que la cocaína te produce al día siguiente un gran bajón y no te deja dormir porque altera los nervios. Yo tenía que trabajar, como bien sabés. Además —resopló soltando las palabras— ayer no la necesitaba porque el vino me puso pletórico. ¿Alguna pregunta más en este interrogatorio? Porque vos también tomaste...

—No es un interrogatorio, Bruno. Es que yo vi tanta merca como Falgos. Incluso, te digo más: creía que en los blísteres que nos dieron antes de la cena habría merca o algo así. Norberto es tan y tan jodón...

—Lo es. Pero no tanto como para ofrecer merca por las mesas el día de su boda y delante de su familia...

La conversación quedó ahí. Bruno dio un beso a su esposa y les dijo a las niñas que en unos minutos volvería para divertirse con ellas, aunque en su interior estaba decidido a dejarlas jugando con su mamá porque se encontraba exhausto. Descolgó la correa de Cleo del perchero y se despidió agitando la zurda, su mejor mano.

—Vamos, nena —le dijo a su perra—. Llegó la hora de tu paseo...

En la calle continuaba el calor y apenas había paseantes. Circulaban pocos autos para ser viernes. Con paso rendido Bruno fue hasta la otra esquina del bloque y entró en un cajero ATH de Banco Ciudad; la perra Cleo, que iba sin correa, quedó afuera, frente a la puerta y sentada sobre sus patas traseras, como si fuese una vigilante. Cleo era fiel a su dueño que, a su vez, la había heredado de una compañera de trabajo cuando tenía seis meses, hacía casi tres años. Le dijo que ella no la podía mantener en un piso.

Para Bruno fue una alegría que sus hijas, Laura y Florencia —de nueve y once años—, la recibieran con tanto cariño cuando desde pequeñas habían sentido miedo con los perros. Quizá porque Cleo era distinta: nerviosa, como todos

los *cocker spaniel*, pero muy cariñosa. Tan mansa como obediente. En apenas una semana las niñas y Cleo, que tenía ese nombre en recuerdo del color de los ojos de Elizabeth Taylor en la película *Cleopatra*, eran inseparables. La señora Taylor y Cleo tenían los ojos azules y brillantes.

Bruno sacó ochenta pesos del cajero, la cantidad justa para pagar al fotógrafo en la mañana siguiente. Vestido con un pantalón gris, camisa blanca y corbata azul, su uniforme de lunes a viernes, regresó andando hasta su casa arrastrando los zapatos, desgastando las suelas de cuero. Diez pasos antes de llegar a la puerta, un coche negro que no había visto hasta entonces, un Toyota Corolla, frenó bruscamente y de la parte trasera bajaron dos personas gritando.

—Vení, vení, hijo de puta. Vení —dijeron.

El más gordo de los tipos llevaba un revólver en su mano derecha y apuntaba a la altura de la cabeza. Bruno paró en seco, tomó en brazos a Cleo, arrojó la correa hasta la puerta de su domicilio y se acercó, trémulo, al asaltante armado. Lo que sucedió a continuación pasó en tan poco espacio de tiempo que Bruno nunca recordó cómo pudo entrar en la parte trasera del auto, con la perra en los brazos, y a continuación verse entre dos tipos, uno gordo y el otro de piel oscura casi negra, que le apuntaban con los cañones de sus revólveres a la altura de los riñones.

Tampoco logró acordarse jamás de cómo llegó a perder su corbata. Ni cómo fue posible que el Toyota llegara sin ser visto cuando no circulaba casi nadie por la calle José Cubas. Podía estar con sueño y cansado —y, de hecho, lo estaba— pero no darse cuenta de que llegaba un auto y con él la extorsión, el secuestro y la muerte, eso resultaba muy extraño. Si le hubiese preguntado a su amigo Norberto Delgado qué le estaba pasando en aquel momento, este le habría contestado con su flema habitual y, además, sonriendo:

—Boludo, te sentaron mal los Falgos.

## 2

### *Armas de profesionales*

CUANDO Bruno fue consciente de que había sido secuestrado y que lo más probable es que aquel fuera el último viaje, su cerebro activó un resorte y lo mejor de sus treinta y seis años le pasó en cámara rápida y cinerama. Fue una *buddy movie*: su vida contada por él mismo, como en una película de amigos. El filme comenzaba cuando llegó a Buenos Aires —Bruno había nacido en Barcelona, España, pero llevaba en Argentina más de treinta años— con sus padres, los primeros pasos en la Escuela Nacional de Náutica, sus viajes por muchos puertos de cuatro continentes, el ingreso en la Universidad de la Marina Mercante para estudiar Ingeniería en Mantenimiento Industrial, una novia primeriza, la boda con Denise, el nacimiento de las niñas... Todo en menos de un minuto, el tiempo que transcurrió hasta que el más gordo de los secuestradores rompió el silencio separando el revólver del costado para ajustárselo en la mandíbula y le preguntó como si lo conociera de toda la vida:

—¿Dónde hay otro cajero por aquí?

—Esteeee, buenoooo... —balbuceó Bruno sin saber qué responder—. ¿Qué es lo que realmente quieren?

El gordo le puso el revólver en la sien y cambió el tono de voz.

—Aquí se contesta a la primera o se escapa el plomo. Vos decidís. Voy a repetir la pregunta por última vez: ¿dónde hay otro cajero? —insistió el pistolero.

—En esta misma calle. Unas seis cuadras más adelante —respondió con tanto miedo como imprecisión.

Bruno había perdido parte del sentido de la realidad y se encontraba desubicado, lelo.

Fue entonces, al mirar la calle, cuando se dio cuenta de que se encontraba en el asiento de atrás solo con el gordo, porque el otro joven estaba ya de copiloto. No lo había sentido bajarse del auto ni volver a sentarse en la parte delantera. Cleo seguía bajo sus piernas, inmóvil. Los perros son muy inteligentes y la suya sabía que su dueño tenía un quilombo colosal y estaba muerto de miedo.

El gordo movió su revólver y con la punta del cañón rozó el pelo del conductor, que circulaba perezoso.

—Seguí por esta calle. Este señor nos indicará dónde parar. ¿O no?

—Bueno, yo sé que hay otro cajero de ATH más adelante, pero no sé el lugar exacto. Está en esta misma calle.

El gordo replicó:

—Seguí conduciendo despacio. Si está en esta calle, es que está en esta calle. Y si no está, este señor... Por cierto, ¿cómo te llamás?

—Bruno.

—¿Y qué más?

—Bruno Flores.

—Dame la cartera. ¿Está dentro tu documentación?

Flores hizo ademán de llevarse la mano al bolsillo izquierdo, porque era zurdo. El gordo se sobresaltó cuando Bruno se inclinó levemente hacia la puerta para intentar meter la mano en el bolsillo.

—¿Llevás un arma? —le preguntó poniendo la suya frente a sus ojos.

Bruno se encogió. Respondió con brío, un brío que no sabía cómo le había llegado.

—¿Un arma? ¿Para qué quiero yo un arma? Soy un trabajador que acaba de regresar a casa. No tengo arma. No me gustan las armas porque las he usado ocasionalmente... Fui marino mercante y tuve algún incidente que se solucionó con pólvora.

—Mejor así —respondió el gordo—. Las armas son para los profesionales. Nosotros, sin ir más lejos. Vamos, dame tu documentación.

Bruno la entregó y el gordo se entretuvo mirando las fotos de sus hijas, de la perra, de su mujer, del primer mercante en el que navegó... También se quedó con los ochenta pesos que llevaba en un compartimento.

—¿No tenés más plata aquí?

—No. Solo mi tarjeta de crédito y la de Banelco —dijo señalándose el bolsillo de la camisa.

—Esas, de momento, las llevás vos porque la Banelco la vamos a necesitar en los cajeros. No las pierdas —añadió pasándole el cañón del revólver por el brazo—. Venga, seguimos en marcha. Y despacito, como hasta ahora —le ordenó al conductor.

Para situaciones extremas el cerebro humano tiene, en ocasiones, comportamientos incomprensibles, muy poco canónicos. Flores no era una persona especialmente dotada para la valentía y estaba sorprendido por el aplomo que mantuvo junto a un tipo que iba en pantalón corto de colores y con una remera gris que llevaba serigrafiada la imagen en rojo del Che Guevara, que de puro grandote abrumaba, que no parecía estar ni drogado ni bebido, que lo encañonaba mientras hacía bromas (“lo vamos a pasar bien, flaco”, acababa de decir mirándole a los ojos) y que tenía aspecto de ser una persona despreocupada, algo indolente. Flores estimó que el gordo y el negro tendrían unos veinticinco o treinta años, y el conductor alrededor de cuarenta. Le llamó la atención que el chofer no participara de la conversación ni mirase hacia atrás. Conducía y no hablaba, tal si fuese un contratado.

El auto siguió avanzando por la calle José Cubas, despacio, sorteando los agujeros de un piso mal empedrado muchos años atrás, como si el tráfico estuviera denso. Pero eran pocos los autos que circulaban a esa hora, a pesar de ser

viernes. El gordo, además, bajó el revólver hasta apuntar al piso y comenzó a acariciar a la pobre Cleo, que parecía estar tan aterrada como su propio dueño. El negro, un flaco de pelo muy corto que trataba, con poca pericia, de sintonizar música en la radio del Toyota, todavía no había dicho una frase seguida.

—Bueno... —comentó el gordo—. ¿Cómo dijiste que te llamás?

—Bruno Flo...

—Eso —cortó el gordo— Bruno. Te voy a decir una cosa, Bruno: vimos que sacabas plata del cajero. Y si sacaste plata, es que tenés plata, ¿no es así?

El ingeniero Flores no supo si el secuestrador quería desestabilizarlo todavía más, era un bromista funesto, un loco o un asesino. Quizá fuese una mezcla de todo lo anterior. Llevaba un revólver enorme, un Doberman calibre 22, antiguo y poco preciso en la media distancia. El negro había enseñado un Italo GRA, de cañón corto, grande y aparatoso. En armamento, los secuestradores estaban muy anticuados. El chofer no había exhibido nada: conducía en silencio esquivando adoquines removidos por la calle José Cubas, y con ese trabajo ya tenía bastante.

—Che, mirá —respondió Flores—. Soy un laburante que acaba de llegar a su casa después de doce horas en un hotel, porque yo laburo en el Hilton. No soy rico, no tengo guita. Recién cobré hoy el sueldo y tengo crédito en mi tarjeta. Nada más. Además, no vayan por el Hilton porque allá hay mucha policía...

—No tenemos intención de cagarla, Bruno. Vos sos nuestro secuestrado.

El ingeniero Flores se alteró al escuchar la respuesta, pero nadie en el auto lo percibió. No hacía falta ser muy inteligente o listo para darse cuenta de que ni estaba en el Toyota por gusto ni los revólveres con los que lo habían amenazado

fuesen de juguete. Bruno sabía algo de armas porque como soldado y oficial de la Marina había hecho muchos ejercicios de tiro, y las de sus secuestradores no eran truchas. Quizá por eso volvió a su letanía.

—Soy un simple trabajador...

—Ya, ya, eso ya lo escuchamos. A ver, ¿cuánta plata tenés? ¿Cuánta plata podés sacar del ATH?

—Ya lo dije: ochenta pesos para pagar las fotos de la primera comunión de mis hijas, que ya los tenés, y de crédito creo que el cajero me puede dar otros mil. Mejor dicho: hasta mil en total en un solo día. En el total del mes, creo que son dos mil.

—Eso es mucha guita, Bruno. ¿Dónde dijiste que está el otro cajero?

El chofer parecía que se estaba despertando cuando indicó:

—Allá —dijo señalando con la mano un punto impreciso en el horizonte—. En la siguiente cuadra estoy viendo un luminoso que podría ser.

—Sí, es ese —añadió Bruno confundido.

—Andate allá y parás un poco antes. Bruno nos va a ayudar —expuso el gordo.

—¿Yo? Pero, ¿qué quieren que haga? —preguntó el ingeniero sin malicia alguna. Por un momento perdió la noción del secuestro.

—¿Qué queremos que hagas? No seas gil, no me hagas calentar porque entonces soy muy malo... Sacá la guita, ca-rajo. Nos dijeron que vos tenés mucha plata...

—Quien te dijo eso, sinceramente, te verseó.\* No tengo plata, ya dije. Yo soy un trabajador...

—¡La reputa que te parió! —gritó el gordo—. No repitas tantas veces las cosas. Me duele ya la cabeza de escuchar la

\* Versear: mentir.

misma huevada. Dejé de hacerte el pelotudo. ¡Nosotros también estamos laburando, boludo!

Bruno primero se encogió de hombros. Luego, de cuerpo entero. No tenía palabras para seguir la conversación con un tipo que se enfurecía por nada y que lo apuntaba con su viejo revólver de cañón largo. Pero el gordo siguió a lo suyo.

—En tu casa, vos tenés oro...

—Mirá: el único oro que tengo es el de las cadenitas de mis hijas, el que llevaban el día de su primera comunión, que fue un regalo de mis viejos. Ese es todo el oro que tengo. Es bien poco.

El chofer llegó a las inmediaciones del cajero. De seguido, el gordo ordenó:

—Bueno: bajate y sacá la plata. Toda la plata.

Bruno pensó en que podía bajar y salir corriendo. El gordo no podría seguirle, el negro estaba sentado adelante tras-teando la radio y el conductor... El conductor sí que podría alcanzarle. O dispararle. Revisadas las evidencias, optó por seguir siendo un rehén sumiso y bajó. Para su sorpresa el gordo hizo lo mismo llevando en sus brazos a Cleo; quería taparse la cara frente a la cámara de seguridad del cajero y controlar a su víctima.

—Todo tuyo —le dijo el gordo—. El cajero es todo tuyo.

El ingeniero Flores entró despacio, introdujo su tarjeta Banelco con un pequeño tembleque y quiso sacar mil pesos. "Operación denegada. Inténtelo más tarde", le respondió el cajero en su pantalla. Miró para su costado izquierdo y el gordo estaba allí, a tres metros, con la perra en brazos, haciendo como que la acariciaba y tratando de ocultarse tras uno de los árboles de la calle, un platanero frondoso y ancho. Retiró la tarjeta, la introdujo de nuevo, pero esta vez solicitó ochocientos pesos en lugar de mil. La plata emergió puntual por la rendija. Salió del cubículo y con un movimiento de cejas le hizo saber a su secuestrador que ya tenía lo que buscaba.

Entró al auto. Él por la izquierda. El gordo por la derecha y, antes de sentarse, dejó a Cleo de nuevo en el piso enmoquetado del Toyota.

—La plata, flaco —ordenó el gordo.

Flores entregó los billetes y el gordo enseñó su revólver hasta ponérselo en la sien. Contó el dinero con una mano y expresó de manera agria:

—¿No dijiste que podías mil? Acá hay ochocientos —le dijo dándole golpes con el cañón del revólver—. ¡Hay solo ochocientos, pelotudo!

—El cajero me denegó sacar mil. Si querés, me acompañás y lo ves con tus propios ojos.

El gordo se calentó y le puso la punta del revólver en la tripa, haciendo presión.

—O nos das más plata o te mato al perro.

Sin tiempo para contestar, el negro salió de su asiento, entró por la puerta de Bruno, lo empujó y le dio media docena de puñetazos en las costillas, en la cara, en la oreja. Donde pudo. Cuando parecía calmado le colocó su revólver en la sien y disparó. No había cartucho. Volvió a disparar. Seguía sin haber bala en el cilindro. Entonces, intervino el gordo:

—Vamos a tu casa y nos das plata. Se acabó esta broma.

Con determinación, pero sin ímpetu, Bruno asumió que podía estar en los últimos minutos de su vida. No tenía ni ánimo ni ganas de hablar, pero otra vez le llegaron fuerzas de no se sabe dónde.

—A mi casa, no. A mi casa, no vamos. A mí me pueden matar ahora mismo, acá, pero a mi casa no van a ir. A mi casa no los voy a llevar porque allá tampoco tengo plata. Seguro.

Bruno no quería pasar por una escena en la que su mujer fuese violada, sus hijas fuesen violadas y él fuese, después, asesinado de dos tiros. Eso lo tuvo claro desde que vio el primer revólver.

El gordo pareció que dudaba. El negro ordenó:

—Otro cajero. Llévanos a otro cajero y sacás más guita.

—Es que ya no puedo sacar más —respondió Bruno sin perder de vista la mirada del negro—. El cajero no me dará más hoy. Solo se puede sacar una cantidad por día, y eso ya lo hice.

El gordo no entendía de qué le estaba hablando. Parecía que el negro tampoco. Pero el conductor, sí. Por eso comentó:

—Lo que dice él es correcto. De un cajero no se puede sacar más que una cantidad por día, y él ya lo hizo.

—Dejate de pavadas. Vamos a otro cajero —gritó el gordo—. ¿En esta calle no hay otro? —preguntó mirando a Bruno.

—En esta calle, no lo sé. Pero conozco otros si doblamos a la derecha. Girá en Seguro, que es la siguiente, y andate hasta General Mosconi. Allá hay varios.

—Dale —le ordenó al chofer—. Sin pelotudeces. Soy de dedo ligero...

*Los muertos no pagan*, de Fermín Goñi,  
se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2024  
en Oportunidades S.A., Uruguay 2887, Victoria, Argentina.  
La tirada fue de 500 ejemplares.

Buenos Aires, año 2000.

Bruno Flores, ingeniero de un gran hotel en Puerto Madero, se dirige al cajero más próximo a su casa. Le acompaña su perra Cleo, con quien ha salido a dar el último paseo del día. Tras retirar el dinero, dos desconocidos a punta de revólver lo meten a la fuerza en un coche y lo obligan a entregarles su cartera. Los secuestradores creen que les ha tocado la lotería: han encontrado una Visa Oro. A partir de este momento arrancará una noche infernal para Bruno en la que, con cada cargo a su tarjeta y a cada minuto que pasa, cree ver más cerca su final.

Mientras esto tiene lugar, la familia del secuestrado se enfrenta a una encrucijada: denunciar el caso a un cuerpo de policía inoperante o permanecer callados mientras intentan evitar un desenlace fatal.

Basado en hechos reales, Fermín Goñi nos ofrece el relato de un testimonio obtenido de primera mano y nos arrastra a una aventura trepidante, fresca y ágil, donde los sucesos que vive el protagonista mantendrán al lector en vilo hasta la última página.

ISBN 978-987-719-536-1



9 789877 195361



FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA

1934-2024

RTM X

www.fondodeculturaeconomica.es